

**Mortimer Adler: *Los ángeles y nosotros*,**  
Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1996, pp. 203.

**H**ace poco impartí un seminario sobre los libros VIII y IX de *República*. Y se me ocurrió que, como resultado de ese curso, escribiría un artículo sobre la antropología platónica, y utilizaría, como epígrafe, el versículo donde el salmista afirma que Dios ha hecho al hombre «poco menos que los ángeles» (Salmo 8:5). La elección de esas líneas tenía una motivación más literaria que filosófica, y ninguna religiosa. Pero no tenía idea del alcance del significado de dicho versículo para la comprensión de la filosofía de Platón y para el hecho filosófico en su totalidad. Y lo que produjo la comprensión del alcance de su significado, fue la reciente lectura del libro sobre los ángeles que hoy reseñamos. Pero, para los ilustrados y paganos lectores de una revista de filosofía de la universidad venezolana de tradición más materialista, se requiere dar tres aclaraciones.

Primero, el autor, Mortimer Adler, es un filósofo en el pleno sentido de la palabra. Es un pensador de cuño neoescolástico, pero no un repetidor de fórmulas sino el dueño de un robusto e inteligente sentido común. Tiene en su haber el ser autor de un largo número de títulos filosóficos originales, así como obras de divulgación. Su *The Idea of Freedom* constituye una obra magna, es el tratado más completo sobre el tema de la libertad. Y su «Aristotle's Conception of Practical Truth and the Consequences of That Conception» es el mejor artículo que he leído sobre la verdad moral en Aristóteles. Entre sus obras de divulgación destaca su libro sobre Aristóteles, *Aristotle for everybody*. A esto hay que agregarles algunos textos sobre metodología, como su *Cómo leer un libro*, el cual no sólo es lo mejor que hay sobre los procedimientos de lectura sino que además toma postura polémica contra la filosofía de la educación

progresiva de Dewey. La Enciclopedia Británica le encargó la elaboración de la sección de *The Great Books of the Western World*, colección de textos clásicos más representativos de la tradición occidental. El resultado de esa labor se constituyó en una herramienta indispensable para acceder orgánicamente a las grandes líneas del pensamiento universal. Este esfuerzo, muchas veces, ha sido injustamente caricaturizado (por Peter Drucker, entre otros) como la reducción del conocimiento a la lectura de cien libros.

Y, segundo, hay que aclarar que *Los ángeles y nosotros* no es producto del actual interés de la mística New Age por los ángeles. Es algo anterior. Fue escrito en 1981, como resultado de la preocupación del autor que provenía desde 1941 cuando se encargó del tema de los ángeles para el *Synopticon* de los Great Books. Como dato anecdótico es bueno referir que, para este tema, Adler no encontró apoyo entre sus colaboradores, y que los editores presentaron algunas resistencias para aceptar un tema tan poco profano.

Tercero, el tema de este libro es eminentemente filosófico y, en términos más amplios, de Historia de las ideas.

Sin embargo, ante la proliferación mundial de la devoción angélica, es bueno un texto como éste, que se dedica a hacer una clara exposición histórica y sistemática. La estructura lo dice todo. La primera sección está constituida por un «Prólogo» en el que se definen los objetivos y los términos del libro. La segunda sección es de orden teológico, entendida en su registro dogmático. La tercera es propiamente filosófica, en la que se establecen los fundamentos de la posibilidad de la existencia de los ángeles y sus atributos más resaltantes. También la cuarta sección es filosófica, pero más polémica que constructiva, pues está dedicada a corregir los errores del pensamiento moderno sobre los ángeles. Y la quinta sección es un Epílogo que introduce sugerentes conclusiones sobre la naturaleza humana a partir de la exploración angelológica realizada.

En el Prólogo, Adler se propone establecer una «angelología ficticia». La denomina así pues parte de la hipótesis de la existencia de los ángeles, la cual no puede ser demostrada filosóficamente. Hay que aclarar que lo que Adler se conforma en aceptar como hipótesis filosófica, es una verdad categórica para su dogmática religiosa.

En la segunda sección, se exponen los aspectos teológicos de la angelología. Es de hacer notar que Adler, como buen continuador de la tradición escolástica, gusta de claras distinciones. Especialmente deja en claro la diferencia entre teología dogmática y filosofía. La primera parte de las sobrenaturales verdades de la revelación. La segunda, se atiene a los poderes naturales de la razón humana. La teología se encarga de afirmar la existencia del Dios trascendente y moralmente bondadoso, la inmortalidad del alma y las huestes angélicas. En cambio, a la filosofía, cuya función es esclarecer el dogma, le basta demostrar la posibilidad de la existencia de los ángeles. Luego pasa a aclarar las cuestiones teológicas de la existencia de los ángeles, su misión en la tierra y su vida en el cielo, más el problema teológico de los ángeles caídos.

En esta sección, eminentemente teológica, sin embargo, Adler no deja de hacer interesantes aportes filosóficos. Uno de ellos es la crítica a la explicación a los ángeles a partir de los principios de la teoría de «gran cadena de ser» de Lovejoy. Adler le opone dos objeciones. El primer error de Lovejoy consistiría en explicar a los mensajeros divinos por el principio de «continuidad», pues si «hubiera recordado que en el reino de las criaturas espirituales cada ángel es una especie distinta y difiere esencialmente de todos los ángeles de su clase, habría llegado inexorablemente a la conclusión de que la distribución ordenada de un universo que incluye ángeles debe consistir en una escalera jerárquica de seres esencialmente distintos en clase, no en series continuas constituidas sólo por diferencias de grado» (p. 73). Y el segundo error de Lovejoy consiste en explicar a los ángeles por el principio de la «plenitud del ser», pues esto nos llevaría a pensar que «el universo que Dios creó estaría constituido por una plenitud de seres, sin posibilidades de que no estuvieran realizados, sólo si Dios se viera bajo la necesidad u obligación de crear el mejor de todos los mundos posibles» (p. 74). Claro que la validez de estas críticas depende de aceptar la ontología aristotélica de los universales para la primera crítica y el dogma teológico de la libre voluntad divina para la segunda.

En la tercera sección, Adler enfrenta las cuestiones propiamente filosóficas. Descalifica al materialismo extremo como una postura ni evidente ni comprobable, pues negar la realidad de los ángeles no niega la

posibilidad de su existencia; aceptada la posibilidad, se puede pasar a pensar los atributos angélicos. En dichos atributos, lamentablemente, pesa mucho el aristotelismo de Adler, quien supone todo el tiempo que la sustancialidad del cuerpo, que los ángeles toman para presentarse a los mortales, tiene como modelo la extensión sólida más que la vibración. Eso lo lleva a negar que dos cuerpos angélicos no puedan ocupar el mismo espacio al mismo tiempo (cf. p. 138).

En la cuarta sección, se justifica la exploración necesaria de la naturaleza y acciones de los ángeles, a fin de evitar los graves errores que se produjeron en el pensamiento occidental como resultado de atribuirle al hombre cualidades y poderes más angélicos que humanos. Para designar este error, Adler ha acuñado el término «falacia angélica», concepto de gran potencia para evaluar muchas doctrinas. Menos afortunada nos parece su proposición de reconocer qué las afinidades existentes entre los ángeles y los seres humanos, nos ayudará a evitar errores igualmente graves que se han producido en el pensamiento occidental como resultado de pensar que las cualidades y poderes del hombre no son distintos de aquellos que poseen los animales salvo en grado.

En la quinta sección, el Epílogo, el autor expone su antropología filosófica como resultado de su exploración por la angelología. Respecto a la relación alma-cuerpo, toma partido por la solución aristotélica, la cual ocupa el terreno medio entre las doctrinas psicofísicas extremistas, ya sean materialistas o idealistas. Coloca al hombre en el terreno de lo corpóreo sin cometer las falacias angélicas que habitan en el corazón de las teorías que conciben al ser humano como puramente espiritual o como sustancia misteriosamente espiritual unida a la sustancia material del cuerpo. Claro que la doctrina aristotélica conduce a la negación de la inmortalidad del alma, lo cual obliga a Adler a echar mano de la teología revelada. Así no sólo afirma que la gracia divina no sólo salvará al alma de la aniquilación, sino que llega al extremo católico de afirmar que también proveerá un cuerpo resucitado, el cual será un cuerpo glorificado.

La traducción, a cargo de Silvia Sassone, es bastante descuidada. No muestra la preocupación de un producto dirigido a un público culto. Merecía que, al menos, un profesor de Historia de la filosofía le echase una rápida revisión. El término «understanding», del título de la obra más

significativa de Locke, es traducida como «comprensión», en vez de «entendimiento». Esta señora parece desconocer que grandes nombres de la Historia de la filosofía tienen su tradicional equivalente en castellano. Así que tenemos que adivinar que «Peter Abelard» es Abelardo, el agudo e independiente teólogo y dialéctico del siglo XII, también conocido por su hermosa y desdichada relación con Eloísa. Igualmente, debemos descubrir que «Philo» es Filón de Alejandría, el más importante de los pensadores Judeo-Alejandrinos. Pero poner a disposición de los lectores de habla española este libro de Adler, disculpa, en parte, la negligencia de su versión.

Debemos estar claros que todas las demostraciones de Adler están basadas en la filosofía neoescolástica, una filosofía algo conservadora y no muy atractiva a mentalidades poco ortodoxas. Y que la validez de dichas demostraciones depende de la validez de sus supuestos aristotélicos y católicos. Pero la obsolescencia de la cosmología del Estagirita y la aversión al olor a incienso, no deben ocultar la gran virtud de la neoescolástica: su forma de hacer exposiciones claras, bien ordenadas sistemáticamente y que también den cuenta del orden histórico. Así es más fácil no sólo introducirse en esta nueva problemática, sino también la forma de plantearse nuevas formas de explicar a los ángeles.

Lo más importante de este libro de Adler no son tanto sus conclusiones sino la manera como llega a ellas. En sus razonamientos da cuenta del problema de los ángeles a través de la filosofía y la teología, y en su posición crítica revela los supuestos de dichas posiciones, sus alcances y sus límites. Así establece las bases para convertir a la angelología en un punto inédito para articular la historia del pensamiento y, tal vez, para conocer mejor a esos seres que, como dice Dante, llevan «la beatitud escrita en el rostro» (*Purgatorio*, 2:44).

**Wolfgang Gil**

Escuela de Filosofía  
Universidad Central de Venezuela